

BERNARDO SÁNCHEZ

Todo Azcona

Índice

¿Un pantano para Rafael Azcona?

Nota a la edición, 7

MI VIDORRA DE ESCRITOR

(Autobiografía pequeña)

Rafael Azcona, 11

Lo penoso de escribir o Una narrativa mayor

Bernardo Sánchez Salas, 17

Vida del repelente niño Vicente [1955 y 2005], 21

Una no novela, 21

Cuando el toro se llama Felipe [1956], 31

Un toro complejo, 31

Los muertos no se tocan, nene [1956 y 1999], 39

Un giro de guion, 39

El pisito. Novela de amor e inquilinato [1957 y 1999], 49

Una base real, una obra de poesía, 49

Memorias de un señor bajito
[mediados años cincuenta y 2007], 57
La metamorfosis, 57

Los ilusos [1958 y 2008], 63
¡Adiós a la Bohemia!, 63

Pobre, paralítico y muerto y El cochecito [1960 y 1999], 71
I. Tres esperpentos, 71
II. Los décimos del pordiosero, 75
III. El anciano del cochecito o los «baldaos» son los otros, 80
IV. Y las galas del difunto, 86

Los europeos [1960 y 2006], 93
I. La novela fantasma, 93
II. Lejos del humorismo, 99

BIBLIO-HEMEROGRAFÍA DE REFERENCIA, 103



Imagen de portada de un número de *La Codorniz* durante la guerra que el semanario declaró a Inglaterra en 1956. De izquierda a derecha: Álvaro de Laiglesia, Enrique Herreros, Sara Montiel, Rafael Azcona, Fernando Perdiguero y Remedios Orad.

¿Un pantano para Rafael Azcona?

NOTA A LA EDICIÓN

«Rafael Azcona radiografió su país. Diseccionó al ser humano y tomó partido por el débil y el perdedor. Autor de obras universales, no solo fue un guionista excelente. También fue un escritor fundamental».

—Olga Pereda en *El Periódico*

EL DÍA MENOS PENSADO desayunaremos con la noticia: un pantano de la cuenca del Najerilla —por decir algo— llevará el nombre de Rafael Azcona. Y me aventuraría a adelantar que, en ese momento, no serán muchas las personas que sepan quién fue Rafael Azcona y muchas menos las que hayan visto sus películas o leído sus libros. Para evitar que esto último ocurra, se presenta ante nosotros este autobús, que nos lleva directamente a visitar algunas de las novelas más importantes de la literatura española.

A Rafael Azcona se lo conoce y reconoce por su aportación a la cinematografía, pero sus novelas, aunque menos populares, son de una riqueza extraordinaria y, desde luego, son el sustrato sobre el que se asienta su obra posterior. Hoy, aunque los tiempos remen en otra dirección, la lectura de sus libros nos proporciona un punto de vista del que carecen la mayoría de los productos que emanan de la industria del entretenimiento. Por si esto fuera poco, la visión que de España nos legó Azcona es quizá más certera que la de la mayoría de libros de historia o sociología. Su obra es un tesoro nacional.

Es entre llamativo y asombroso que los textos que conforman el *corpus* de la obra de Azcona se escribieran y editaran en el plazo de seis años —entre 1955 y 1960—, al mismo tiempo que Rafael redactaba piezas breves para la prensa y novelas de encargo e iniciaba una dilatada carrera cinematográfica en Italia y España.

Sus novelas nunca han sido olvidadas, pero la popularidad de Azcona como escritor fue menguando con respecto a su faceta como guionista. Al tiempo —y dada su naturaleza esquiva para la cosa pública—, su propia existencia se puso en duda para dar paso a la leyenda de que, tras el nombre de Rafael Azcona, se escondía algún célebre director de cine.

Cuarenta años después de aquellas primeras ediciones, y alentado por Juan Cruz primero —y luego por Eduardo Riestra y por un servidor—, Rafael se enfrascó en un proceso de reescritura y reedición de sus novelas, con excepción de *Pobre, paralítico y muerto*, que se reeditó según la versión de los años cincuenta, y de *Cuando el toro se llama Felipe*, que, hasta hoy, no se había vuelto a publicar.

Cuando le propuse a Rafael reeditar *Memorias de un señor bajito*, me contestó: «Solo te voy a pedir una cosa: que me permitas revisarla, que creo que algo he aprendido en todos estos años». Y la reescribió de arriba a abajo. Con ese gesto, le dio además un buen empujón a la editorial de su pueblo, por lo que le estaremos eternamente agradecidos.

Tengo un recuerdo gozoso del trabajo que supuso editar los libros de *La Codorniz*, pero estas ediciones que ahora presentamos no han sido menos laboriosas... ¡la de comas que caben en un libro! Este oficio es siempre así: cuanto más tiempo le dedicamos a una fiesta, mejor sale. Y esta ha costado un rato, pero el resultado es un sueño hecho realidad: ver por fin editadas, en Pepitas, las obras *mayores* de Rafael Azcona.

Azcona —esto me lo contó José Luis Cuerda— solía reprochar cariñosamente a los directores de cine con los que trabajaba que tanto chófer y tanto taxi los habían desconectado de la realidad

MI VIDORRA DE ESCRITOR

(Autobiografía pequeña)

Rafael Azcona

El editor —que es ese señor que de vez en cuando nos da a los literatos una peseta o, si bien se mira, dos— me ha ordenado que escriba mi autobiografía para colocarla delante de la novela que usted va a tener el gusto de leer... si no lo piensa mejor y se marcha por ahí a tomar gambas a la plancha, que es lo bueno.

«Al lector le interesa saber con quién se juega los capítulos», me ha razonado. Yo, respetuoso y obediente cual alumno de las Escuelas Pías, me he venido a casa decidido a contarle a usted cómo nací en Logroño el 24 de octubre de 1926 y cómo —aunque parezca mentira— no me he muerto todavía.

Lo malo ha empezado cuando he tomado asiento frente a la máquina...

«Rafael —me he dicho muy serio—: no seas memo. ¿Qué demonios vas a contar tú como individuo? Nunca has salvado a un naufrago, nunca has matado a una mosca, nunca has hecho nada brillante ni extraordinario... Tu vida es una vida ni fu ni fa, igual a la de tantos y tantos señores particulares que, ahí los tienes, no dicen ni esta existencia es mía: de niño te metiste los dedos en las narices, de adolescente aprendiste a bailar el pasodoble y de adulto te limitas a sufrir mucho —sobre todo en primavera— al ver las señoritas tan estupendas que el que más y el que menos lleva col-

gadas de su respectivo brazo... No seas idiota, Rafaelito, que eso le ha pasado —con perdón— hasta al mismísimo lector».

Me he puesto muy triste, porque mi modestia —que era la que hablaba— tenía razón y yo, aunque soy pobre, soy sincero. Pero tengo que escribir mi autobiografía...

En mi desesperación, he pensado escribir la vida de Napoleón Bonaparte —que esa sí que es una existencia de aúpa—, pero poniendo Rafael donde Napoleón y Azcona donde Bonaparte. Instantáneamente he comprendido que esto no es una solución, sino una estupidez: usted, lector, no se chupa el dedo y en sus oídos sonará eso de Waterloo y eso de Santa Elena.

Mi mirada se ha ido al techo —que es donde se va siempre que no ve nada en el cerebro— y el ojo se me ha alegrado al ver una mosca... ¡en el díptero estaba el remedio! Usted no ha leído —que yo sepa— ninguna autobiografía de una mosca y la vida de una mosca es apasionante, estupenda y divertidísima; yo, impunemente, podría adjudicarme todas las peripecias y avatares de ese bicho sin que usted se llamara a engaño... ¡Menuda existencia! La mosca no da golpe en todo el día; puede irse cuando se le antoja a Vigo o a Málaga; está facultada para hacerle la vida imposible a ese señor de la barba que nos es tan antipático; es capaz de arrasar una nación con la misma eficacia de un Estado Mayor si se dedica a transportar epidemias; desconoce los problemas amorosos, pues todas las moscas femeninas son iguales y ninguna hace dengues ni se da importancia; en un rayo de sol puede veranear tan ricamente y en un grano de uva encuentra comida y bebida para un rato largo; tiene, en una palabra, todas las ventajas propias de los humanos y se ensucia tranquilamente en todos los inconvenientes que a nosotros nos hacen polvo...

Y, sin embargo, yo no puedo hacer eso; mi orgullo de bípedo emplumado —a veces, cuando me la presta algún amigo, escribo con una Parker— me ha dado una bofetada y, como si fuera una persona de respeto, me ha dicho apenas ha visto mis intenciones:

«¡Imbécil! Eres un hombre, señor Azcona; un hombre hecho y derecho, aunque un poco cargado de espaldas... Si te da vergüenza hablar de tus narices, de tu pasodoble y de tus sufrimientos; si te ruborizas con solo pensar que mides un metro setecientos treinta y tantos milímetros, que pesas sesenta y cuatro kilos y que no tienes el cabello ondulado; si te sonrojas ante la idea de confesar que ni eres un héroe ni eres un benefactor ni eres un patricio... ¡Cállatelo, caramba! Pero tú puedes hablar de ti como escritor... ¿Por qué no le explicas al lector lo que es la vidorra del literato? ¿Por qué no le relatas cómo hiciste llorar a aquel anciano grumete con tu poema “Ola que va, ola que viene, hola, ¿qué tal?”? ¿Por qué no le cuentas el sistema que seguiste para escribir tu novela *Pirineo arriba, Pirineo abajo*? ¿Por qué no aclaras que tú eres un hombre que ha apartado de su camino a la industria y al comercio, a la pedagogía y al estraperlo, a la agrimensura y a la zarandaja? ¿Por qué no dices cómo te has entregado a la tarea de escribir bonitas cuartillas con la pretensión de meterle a la gente la risa en el cuerpo?».

Y yo, después de oír estas cosas, como al fin y al cabo soy un tipo que se deja llevar por todo el mundo, me he ido detrás de mi orgullo. Voy a contarle a usted mi vidorra de escritor; voy a enterarle de los motivos que han determinado el que ahora estén sus manos sosteniendo un libro y no una gamba a la plancha...

Yo, como mi pesadísimo colega el Dante, comencé escribiendo versos; es posible que, si mi Beatriz hubiese sido de tan excelente calidad como la de él, siguiera yo escribiendo cosas sobre el mar, sobre la primavera y sobre todo eso... Pero mi Beatriz me salió rana: en lugar de morirse siguió viviendo... Por ahí debe andar, rumbo a señora gorda, sin darse cuenta de que su manía respiratoria ha chufado mis mejores poemas...

Pero no divaguemos. Decía que comencé escribiendo versos, y es verdad... Tenía yo entonces la tierna edad de quince añitos, y eso que llaman *primer amor* (y que debieran llamar *tontería inicial*) me produjo una versorrea incontenible... Mi adolescencia debió ser

LO PENOSO DE ESCRIBIR
O UNA NARRATIVA MAYOR

Bernardo Sánchez Salas

«Si me tocara la lotería, no escribiría ni una línea. Para mí, escribir es penoso, me cuesta mucho».

RAFAEL AZCONA

«A la contra», por Amilibia.
La Razón, 30 de octubre de 1999

«Azcona no escribe una palabra en vano. No ha renunciado jamás a la literatura, aunque haya renunciado al libro».

FRANCISCO UMBRAL

«Los placeres y los días»,
El Mundo, 15 de junio de 2000



Vida del repelente niño Vicente

(1955 y 2005)

UNA NO NOVELA

Rafael Azcona rememoraba en agosto de 1955, a lo largo de una entrevista mantenida en Logroño a raíz de la repercusión del *Repelente niño Vicente*, sus primeros escauceos narrativos, que habían tenido lugar en su ciudad y en sociedad de una terna formada por sus amigos José María Cañas —barman de un recordado café de la localidad, el Danubio—, Marcos Martínez —empleado de una maravillosa juguetería, la de Silvestre García— y el propio Azcona, entonces recadero de la fábrica de pastillas de café con leche El Avión y al poco, empleado en la constructora de su tío:

Al principio era para ellos como un juego más. Poco a poco les fue invadiendo ese virus peligroso hasta convertirse en infección crónica. Entonces fue cuando comenzaron a reunirse en el Café Los Leones,¹ lugar en el que organizaban unas tremendas tertulias literarias. Allí emborronaron sus primeras cuartillas de ripios y de novelas clásicas con títulos tan rimbombantes como este: *El niño Pomponio y la ninfa Eufrasia*. Esta novela fue creada por uno de aquellos

1 Mítica cafetería logroñesa, ya desaparecida, pero que se puede ver en su plenitud en algunas secuencias de la película *Calle Mayor* (Juan Antonio Bardem, 1956). En su interior transcurrían algunas secuencias de *vermuteo* de Juan y de sus amigos para practicar «el vuelo de la paloma» (avistar y clasificar a las mujeres de la ciudad que pasan por delante) y perpetrar la «broma» contra Isabel.

literatos en un momento de embriaguez helénico-romana. Sin embargo, ellos se divertían y soñaban. Soñaban tanto como escribían. —Éramos felices —dice Azcona [Aguilar, 1955].

Pero los primeros escritos que publicó no fueron prosa, sino poemas. En el suplemento de la revista logroñesa *Berceo*,² llamado *Codal*, dejó entre la primavera de 1950 y la de 1955 —aun cuando Azcona ya llevaba cuatro años viviendo en Madrid— más de una veintena de poemas.³ Y a *Codal* también enviaría cuatro relatos originales,⁴ desde abril-junio de 1952 hasta enero-marzo de 1954. En el Foro, alternaría —pronto— la lírica noctámbula en el parnaso del Café Varela con la (algo) más alimenticia dedicación a la narrativa, aunque bajo seudónimo y en el marco del género rosa, «que es lo que hacían algunos de los habituales dedicados a la prosa: cien folios escritos en tres o cuatro días en una Remington instalada en una mesa del café y alquilada a escote: mil pesetas menos los descuentos» [Sánchez Harguindey, 1998: 23]. En 1952 ya está publicando relatos breves en la revista femenina *Chicas* con el nombre de Jack O'Relly.⁵ Y al cabo de dos años dará el salto al formato de novela de bolsillo y kiosco en la colección «Y échate a volar!» publicada por Ediciones CID⁶ y asociada a la citada revista con

2 Editada por el Instituto de Estudios Riojanos.

3 Consúltese respecto a la poesía de Rafael Azcona la selección y notas de (el también poeta) Manuel de las Rivas, «Rafael Azcona: poesía juvenil»; estudio incluido en la revista *Calle Mayor. Trimestral de Literatura, Crítica y Artes*, n.º 4/5, pp. 50-80, 1986; el artículo de José Ignacio Foronda «Un hombre que fabrica un esqueleto», en *Turria. Revista Cultural*, n.º 113-114, pp. 198-205, 2015; y el volumen *No canto porque existo, existo porque canto*, de Rafael Azcona. Recopilación, introducción y notas de Luis Alberto Cabeazón (Planeta Clandestino, n.º 107, 2012)

4 «Del pozo de los recuerdos», «Cuando hay que morir», «Doña Ascensión» y «Fernández».

5 Con títulos como «El amor cuesta \$0,25» o «La chica que exigía mucho».

6 O GILSA S. A., solo en el caso de la primera de ellas. CID estaba en Desengaño, 9 y GILSA en la Plaza del Cordón, 1.

BIBLIO-HEMEROGRAFÍA DE REFERENCIA

- ABRIGHACH, Mohamed (2018). Talleres Tipográficos Cremades/Imprenta Cremades. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmco888996> [consulta 30/05/2024].
- AGUILAR, José Luis (1955). «El humorismo es una cosa seria. Rafael Azcona, en su pueblo», *Nueva Rioja* 25/08/1955.
- AGUILAR, Santiago (2014). *Rafael Azcona en el diario Pueblo (1954-1956)*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- y Felipe Cabrerizo (2019). La Codorniz. *De la revista a la pantalla (y vice-versa)*. Madrid: Ediciones Cátedra/Filmoteca Española. Serie Mayor.
- AZCONA, Rafael (bajo el seudónimo Jack O'Relly)¹³⁰ (1954a).¹³¹ *Amor, sangre y dólares*. Madrid: Gilsa, S. A. Ediciones, Colección Biblioteca de Chicas.
- (bajo el seudónimo Edward Mason)¹³² (circa mediados de los años cincuenta).¹³³ *Pimpinela Escarlata*. Madrid: Editorial Dólar, Colección Celebridades.

130 En el interior se acredita como «adaptación del inglés por Azcona».

131 Enero de 1954.

132 En el interior, Edgar Mason.

133 Las fechas de publicación de las entregas de la Colección Celebridades de la Editorial Dólar —que no constan en su interior— no se han podido fijar; pero en casi todos los catálogos y bibliografías consultados los sitúan a mediados de los años cincuenta. Luis Alberto Cabezón [2015: 229-230] refiere el libro como el número 49 de la colección (dato que sí figura en el lomo) y 1952 como año de publicación. De ser esta la fecha, estaríamos hablando de la primera «novela» de Azcona.